

Una historia de EL PAÍS y del Grupo Prisa, de la que aquí publicamos un adelanto, es la investigación histórica más amplia y profesional que se ha hecho hasta ahora sobre este grupo de comunicación. Publicado por Plaza y Janés, la obra ha sido escrita por las historiadoras **María Cruz Seoane** y **Susana Sueiro**, y estará en las librerías este mismo mes. Hemos seleccionado de este exhaustivo trabajo los capítulos que describen los preparativos para la salida del periódico —el 4 de mayo de 1976—, el impacto innovador que supuso para los medios de comunicación de entonces y la extraordinaria acogida que dispensó al diario la sociedad española.

La alianza entre Jesús de Polanco y Juan Luis Cebrián, según los propios interesados, procedería ya de la época previa a la salida del periódico. Ambos tenían una postura en cierto modo simétrica. Habían sido convocados por los promotores como técnicos en sus respectivos terrenos: en la gestión el uno, en la dirección del periódico el otro. La línea ideológica la marcarían los fundadores, especialmente el presidente, que tendría por lo tanto derecho de supervisión del producto y en la contratación de redactores. Ni uno ni otro se avenían a representar ese papel instrumental. Polanco da una nueva dimensión al proyecto desde el punto de vista empresarial: de un diario influyente para minorías a un diario que, sin renunciar a ser de calidad, aspira a dirigirse al gran público, visión que coincidía con la de Cebrián. Desde su papel ejecutivo como consejero delegado apoyaría el proyecto profesional de Cebrián, según el cual a la propiedad le correspondía una tarea de coordinación, pero no de supervisión directa del periódico.

Surgían ya, en torno a este tema, barbrutos de la tormenta que no tardaría en estallar con el periódico ya en marcha, por cuanto algunos de los que tanta dedicación y entusiasmo habían puesto en el proyecto no tardarían en decir “no es esto, no es esto” ante EL PAÍS real. La dinámica de la sociedad española y hasta consideraciones de mercado, conscientes o inconscientes, del hueco que había para llenar en el espectro de la prensa de alcance nacional llevarían a hacer un periódico que no era el que sus primeros impulsores habían concebido.

Ya en esta etapa previa a la existencia del periódico, la dispersión accionarial y la (relativa) variedad ideológica consiguiente, presentada siempre como un valor por los promotores, no dejaba de sembrar inquietud en algunos observadores. Lo cierto es que, a la luz de los conflictos que no tardarían en surgir una vez EL PAÍS estuvo en la calle, cobra sentido de anuncio cierta disparidad de criterios en el seno del Consejo de Administración.

En la reunión celebrada el 31 de octubre de 1975, tras la inscripción en el Registro de Empresas Periodísticas, en la que se fija como fecha probable para la salida del diario la de 15 de abril siguiente, surge por primera vez un tema que se reiterará en el futuro: el de a quién corresponde decidir la línea del periódico. Para Tamames, que el periódico sea “independiente” significa que sea foro de discusión de todas las ideas y todas las tendencias, lo cual no significa, naturalmente, que el periódico no tenga una línea. Alfonso de Cossío señala que, a su juicio, el consejo no puede aspirar a establecer la línea del periódico. Un periódico lo hacen el director y la redacción. De ahí la importancia de la elección de los periodistas profesionales que se contraten.

No era esa la opinión de Julián Marías, que, en la reunión de 12 de diciembre siguiente, la misma en la que se toma el acuerdo de nombrar director a Juan Luis Cebrián, adoptará al respecto una actitud que reiterará en el futuro incansablemente, hasta que su disconformidad con la línea del periódico real le lleve a la ruptura. Plantea la necesidad de abordar en el consejo los problemas de contenido del periódico. Qué clase de periódico vaya a hacerse es, a su juicio, tema de la responsabilidad del consejo y ruega que en próximas reuniones se trate de ello de modo sistemático. Por entonces Ortega participaba de esa idea, de que correspon-

LOS PRIMEROS PASOS DE EL PAÍS



Portada del primer número de EL PAÍS.

día al consejo, y muy especialmente a él como su presidente, decidir la línea del periódico, además de dar su aprobación a todas las contrataciones.

Aunque por estas fechas las intervenciones del consejero delegado en estas reuniones se limitan a temas económicos y de gestión y no se recogen en las actas sus opiniones sobre estos otros de conte-

nido (cuando más tarde tiene en la cuestión lo hará inequívocamente a favor de la dirección y la redacción), parece ser que, como es lógico, las discusiones sobre ellos surgían en la vida diaria del piso de Núñez de Balboa. En una de ellas, Ortega y Polanco expresan ideas contrapuestas sobre la función de la dirección y el consejo, y Juan Luis Cebrián, testigo

en la ocasión, no podía por menos de simpatizar con las expuestas por Polanco, partidario de una autonomía de la Redacción. De ahí partiría un pacto entre los entonces consejero delegado de la empresa y futuro director del periódico, que tendría su momento fundacional en una cena de ambos para cambiar impresiones en el restaurante Sacha, antes incluso de la confirmación oficial de Juan Luis Cebrián como director, cuando éste pertenecía todavía a la redacción de Informaciones.

Probablemente los acontecimientos posteriores dieron retrospectivamente a este hecho una significación de mayor trascendencia de la que parecía tener en su momento. Porque lo cierto es que Ortega, que se reservaba el derecho de dar el visto bueno a todas las contrataciones, nunca dejó de darlo a todas las que proponía el director. La puesta en marcha del periódico seguía en Núñez de Balboa. Se planificaban las secciones. La decisión de abrir por Internacional era inédita en la prensa española. Como recordaba el Defensor del Lector, uno de aquellos fundadores, Camilo Valdecantos, muchos años después, había sido una de las decisiones más importantes de las “muy sopesadas durante los meses ante-

La dispersión accionarial y la variedad ideológica no dejaban de sembrar inquietud

rioros” con las que había salido el periódico a la calle: “Era una manera de hacer visible el propósito de abrir las ventanas y ensanchar los horizontes de un país forzado por el franquismo a mantener un pernicioso ensimismamiento, que venía de atrás y trataba de sostenerse con el argumento de que todos los males llegaban de fuera. El periódico trataba de contribuir a lo contrario...”

A principios de febrero, se traslada la redacción a Miguel Yuste, con el edificio sin terminar, y que, aparte de parecer entonces ubicado en el fin del mundo, era poco funcional, construido en la incertidumbre de si algún día se autorizaría el periódico, con la idea de que pudiese servir para otra finalidad, desde un hospital a un taller de artes gráficas. Se incorporan entonces José Luis Martín Prieto y Ángel Luis de la Calle, procedentes de *Informaciones*. La idea era salir el 25 de abril, en el aniversario de la revolución portuguesa de los claveles. Se trataba contrarreloj. Llegó la rotativa Marioni con los técnicos franceses encargados de montarla, tarea que empezó el 9 de marzo, sin tiempo para experimentarla. El periódico nacía ya sin plomo y sin linotipia, con un sistema de preimpresión a base de cintas perforadas, que era lo último, pero que nadie entendía, sin un equipo acostumbrado a esa moderna tecnología, parte de la cual iba a quedar pronto obsoleta. Hubo que despedir a un gran número de aquellos técnicos improvisados.

Para el diseño, que sería una de las claves del éxito del periódico, se incorporó, ya en Núñez de Balboa, el alemán Reinhard Gäde, que había rediseñado *Revista de Occidente* y que figuraría durante un tiempo en la mancha como asesor de diseño, con el que colaboraría Julio Alonso. Diseño claro, sobrio, clásico, funcional, que desconcertó a muchos

Pasa a la **página 230**



Reparto de los primeros ejemplares de EL PAÍS impresos en los talleres de Miguel Yuste 40.

Viene de la **página 228**

al principio y deslumbró a otros. Contribuye a dar una imagen de serenidad. Su carácter modular era una novedad, que luego se impuso. También la publicidad se tarifaba por módulos, en lugar de por milímetro por columna, como era entonces habitual. Se estableció la medida en picas, en lugar de cículos, como hasta entonces. Para la letra se eligió el tipo Times, del cuerpo 9, más grande que el habitual, con interlineado de 9,9, de fácil lectura (modificado luego algo por la informatización y finalmente ampliado pensando en que los lectores se han hecho mayores y tienen menos agudeza visual).

Para la cabecera se eligió la letra Clarendon Medium. “Una cabecera sobria, de buen gusto, un poco arcaizante, que

Tal modelo de periódico al principio gustó a unos, decepcionó a otros y desconcertó a casi todos

de algún modo remite al viejo liberalismo, al viejo progresismo, a los viejos ideales porveniristas”, a decir de Umbral. Es curioso que en el dibujo que ilustra un reportaje ya citado de *Cambio 16* el 4 de febrero de 1974, aparecía ya muy semejante, aunque con las letras más estilizadas. El tema de si el nombre debería llevar acento en la *i* de PAÍS, como mandan las normas ortográficas, fue objeto de discusiones, entre los puristas —en cuyo número se contaban muchos de los miembros del Consejo de Administración, con su presidente al frente— y los que atendían más a la imagen visual y justificaban su exclusión en el hecho de que la cabecera es más un logotipo que una palabra. Casi diez años después la polémica continuaba, según recogía el Ombudsman en su sección de 15 de diciembre de 1985. Como solución intermedia, se acordó que en lo sucesivo, excepto en la cabecera, el nombre del periódico, siempre en mayúsculas, se acentuaría. La mancheta que abre las páginas de Opi-

nión era una novedad en la prensa española, al incluir, además del nombre del director, los de los subdirectores, redactores jefes y jefes de sección, así como el del presidente y del consejero delegado de la sociedad, del gerente y directores generales. Se quería transmitir la idea de equipo, de responsabilidad colectiva.

Tal modelo de periódico al principio gustó a unos, decepcionó a otros y desconcertó a casi todos, porque llegaba a un mercado dominado por fórmulas anticuadas de periodismo, aportando otras experimentadas en la mejor prensa de los países más avanzados, tras haberlas analizado y adaptado, no sin ciertas deficiencias inevitables al principio. Nada era improvisado. Cebrián y Javier Baviano, acompañados a veces por Polanco, habían viajado por Europa, visitando las redacciones de los diarios más prestigiosos. El editor de *The Guardian* recordó en febrero de 1988, al cambiar su diseño, imitando el de “su alumno español”, cómo, años atrás, recibió la visita de unos periodistas españoles inquietos, ambiciosos y muy jóvenes que querían crear un periódico nuevo y serio en Madrid, que —como comprobaría dos años más tarde cuando vino a ver cómo lo habían hecho— constituiría un éxito en el periodismo europeo por su calidad y por la claridad de su diseño.

LA SALIDA

EL PAÍS publicó su primer número, por fin, el 4 de mayo de 1976. La noche del 3 al 4 organizó la primera de las muchas fiestas y verbenas con las que ha ido celebrando los más diversos hitos de su vida, y a través de cuyos testimonios gráficos y el relato de ellas, publicados en el periódico, puede seguirse el transcurso del tiempo sobre los protagonistas de la vida política, periodística, artística y literaria de todos estos años, las altas y las bajas, los ascensos y las caídas en la rueda de la fortuna. Aquel sarao organizado por algunos de los fundadores no fue del agrado de los responsables de que el periódico saliera a su primera cita con los quioscos. La presencia de invitados e invitadas, vestidos con sus mejores galas, no hizo sino estorbar y poner a prueba

los nervios, ya a flor de piel, de aquella inauguración, en condiciones más bien precarias, con la rotativa rompiendo ejemplares sin parar. Se había pensado y anunciado tirar ese día el máximo posible, unos 250.000 ejemplares, para estabilizarse luego en 100.000, pero las dificultades técnicas hicieron rebajar la cifra a 180.000, “que fueron ayer materialmente arrebatados de los quioscos madrileños y de otras capitales españolas”, según informaba el periódico el día 5.

En aquel primer número, de 48 páginas, con un predominio absoluto del texto sobre el elemento gráfico (muy pocas fotos y muy estáticas, empezando por la del ministro de Asuntos Exteriores, José María de Areilza, en primera), EL PAÍS despejaba todas las dudas, si alguna quedaba, sobre su apues-

‘El país que queremos’ insistía en la aspiración a la instauración de la libertad y la democracia

ta política. En primera, una crónica de Ramón Vilaró desde Bruselas, con el antetítulo: “Documento oficial del Parlamento Europeo sobre España” y el título: “El reconocimiento de los partidos políticos, condición esencial para la integración en Europa”, que remitía a un desarrollo en la página 3, en la sección de Internacional. Noticia ilustrada con foto de Cifra del protagonista: “Areilza inicia mañana su visita a Marruecos” (del que se afirma que “servirá, sin duda, para apuntalar las actuales relaciones”; con el “problema pesquero”, entre otros, como telón de fondo), información que pasa a la página 8, ilustrada por la primera tira de Peridis, que hace así de Areilza el primero de sus animales políticos. Se completa la primera página con otra noticia de desgraciada permanente actualidad veintisiete años después: “Guardia civil muerto en un atentado” en Guipúzcoa, que remite a una crónica de Jesús Ceberio en la página 13, un anuncio de pasti-

llas de cloro para piscinas y, lo más importante y definitorio, el editorial “Ante la reforma”, decidida toma de postura, clarísimo pronunciamiento de “un periódico que nace al amparo de una convicción irrenunciablemente democrática”, dura requisitoria contra el Gobierno, cuya pérdida de credibilidad política en sentido reformista se teme definitiva, anclado como estaba todavía en la “continuidad de un pasado sin horizontes” y cuya sustitución por otro se considera imprescindible, si se pretende una estrategia de reforma que pudiera imponerse a la dialéctica de la ruptura. El contundente editorial, debido a la pluma de Juan Luis Cebrián y que, según éste, había sido objeto de profundas deliberaciones con Jesús de Polanco y Pío Cabanillas, terminaba con las célebres palabras de Ortega, “tan entrañables para nosotros”: “No es esto, no es esto”. En las cuatro páginas de Internacional, entre otros temas, se desarrollaba la crónica de Ramón Vilaró desde Bruselas, que había sido preparada con Juan Luis Cebrián para contribuir en este primer número a dar el mensaje de la necesidad de la democratización de España; Feliciano Fidalgo desde París informaba de la “irresistible ascensión de la izquierda francesa” y aprovechaba para señalar el interés de algún comentarista francés en el momento español, en espera de “la democratización que legalice, sin excepción, a los 35 millones de españoles”. José Luis Gotor, desde Roma y Juan Cruz desde Londres son los otros corresponsales que firman en este número inaugural. Eduardo San Martín iniciaba una serie sobre el Sáhara, con una clara actitud de simpatía ante el Frente Polisario. En la página de Opinión, Juan Luis Cebrián firmaba la primera Tribuna Libre, el espacio de los colaboradores habituales u ocasionales, advirtiendo que estaría en lo sucesivo “abierto a cuantas gentes e ideologías quieran expresarse en ella, con la sola condición de que sus propuestas, por discutibles que sean, sean también respetuosas con el contrario y propugnen soluciones de convivencia entre los

Pasa a la **página 231**

Viene de la página 230 españoles". El artículo titulado, jugando con el significado del nombre del periódico, "El país que queremos", insistía en la aspiración a la instauración de la libertad y la democracia y el propósito de contribuir a hacerla posible y rendía un homenaje al medio millar de accionistas que con su entusiasmo habían sacado adelante la tarea de poner el diario en la calle. "Y no seremos nosotros, pero alguien sí debería escribir el relato de los protagonistas anónimos de la historia que hoy comienza". La primera viñeta de Máximo presentaba el camino desde la comisión mixta Gobierno-Oposición como un enrevesado laberinto de escaleras que conducían a ninguna parte. Un texto de Rafael Alberti: "A León Felipe, en su homenaje", que debía haber sido leído en un acto prohibido en Madrid el pasado 27 de abril, tenía, como hacía constar el texto que lo precedía, el valor simbólico de la voluntad de EL PAÍS de recuperar las voces de la España del exilio y de "practicar sin prejuicios ni fobias el liberalismo de la cultura".

La feliz coincidencia de la lectura el anterior domingo día 2 del discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua de Salvador de Madariaga, con un retraso de 40 años, daba lugar, en una crónica de Sánchez Harguindey en la sección La Cultura, especialmente plagada de erratas, a insistir en la misma idea. La opinión se disemina por otras secciones, marcada por el título en cursiva. Así el artículo de Ricardo de la Cierva en Política, el de Jiménez Lozano en Sociedad y el de Manuel Guash ("El empresario, ante un país nuevo") en defensa de la libertad de empresa y la economía de mercado en Economía/Trabajo.

Las cuatro páginas de Política (Nacional), y las tres de Regiones, dan idea de la extremadamente confusa situación política, de las tensiones entre un pasado autoritario que se resiste a desaparecer y un futuro democrático que pugna por hacerse presente. El artículo de Ricardo de la Cierva, que va a ser uno de los colaboradores estrella en los primeros tiempos del periódico, "Un arco y una clave", abundaba en las ideas del editorial en su crítica al Gobierno, "serie inconexa de personalidades muy conservadoras", cuyo "desmedrado sector reformista" parece "refugiarse hoy en los fines políticos personales", e instaba a la Corona, "motor para la democracia" según "la fórmula feliz del señor Areilza", en una alegoría de juego de azar, a dejar de jugar sin

Fidalgo daba cuenta de unas declaraciones de Fraga en las que prometía retirarse tras las primeras elecciones generales

riesgo y puesto que conserva todos los triunfos, convertir en partícipes a muchos mirones y "repartir, cuanto antes, cartas nuevas". Feliciano Fidalgo daba cuenta de unas declaraciones de Fraga al suplemento Europa, publicado con *Le Monde* y otros varios diarios europeos, en las que prometía retirarse y dedicarse a pescar después de las primeras elecciones generales, así como hablaba despectivamente de la oposición integrada en Coordinación Democrática, a la que no tomaba en cuenta porque eran "compañeros de viaje del PC".

En la sección de Sociedad se iniciaba una serie sobre "La guerra civil en Málaga", extracto de los capítulos correspondientes de la autobiografía de Gerald Brenan, *Memoria personal*. En la sección Espectáculos/Crítica Jesús Fernández Santos hacía la de la adaptación al cine por Ricardo Franco de *La familia de Pascual Duarte*; Enrique Llo-



Campana publicitaria de lanzamiento de EL PAÍS en 1976.

vet comentaba una reposición de *La vida es sueño*; Enrique Franco, la representación del *Falstaff* de Verdi por la Ópera de Varsovia en el teatro de la Zarzuela, y Juan Cueto la reposición en televisión del *Un, dos, tres...*, la única crítica negativa de la página.

LA ACOGIDA

Había salido EL PAÍS. Todos los periódicos y revistas se hacen eco de ello. Casi todos resaltan los años de espera, aluden a la variedad ideológica del accionariado, a la juventud de la redacción, a su condición de primer diario del posfranquismo en castellano (*Avui* le había precedido en unos días), a la sobriedad del diseño, en la tecnología de vanguardia, basada en el *offset* y la fotocomposición, a su tardanza en llegar a los quioscos por dificultades técnicas (enseguida surge la frase ingeniosa: periódico de la mañana que sale por la tarde).

En *Triunfo*, C. A. R. (César Alonso de los Ríos) alababa su "ascesis externa", que indicaba que se confiaba en la existencia de un público al que no era preciso atraer con reclamos que no fueran una información honesta. No era sólo su ascesis externa lo que aprobaba el autor, sino el no haber caído en el maniqueísmo que establece dos tipos de periodismo: el de opinión y el noticioso. "No sólo es un diario de opinión, sino que trasciende aquellos planteamientos coherentes con la línea del periódico (liberal, en el más amplio sentido de la palabra) para ofrecernos una plataforma de todas las expresiones ideológicas, especialmente a través de las páginas dedicadas a la Tribuna Libre. La filosofía del contenido del periódico quizá sea tan simple como responder a lo que el título exige: ser fiel al país real". Parecía que había un hueco para un periódico de esas características, que estaría constituido "por el núcleo de lectores preocupados política y culturalmente, demócratas", por cuya entidad cuantitativa cabía preguntarse. Titulaba por ello su comentario "EL PAÍS, un test social", test que *Triunfo* consideraba aprobado cuatro meses después, cuando el periódico publicaba su número 100: "Ha ganado la apuesta del público. Su implantación en el mercado ya es un hecho, y esto es algo que debe ser reseñado porque es un signo positivo para el cuerpo social. Porque el fracaso de EL PAÍS, de haberse producido, no lo hubiera sido

de su fórmula periodística, sino de la sociedad a la que se dirigía".

En una conferencia en Lisboa el 26 de mayo, Luis González Seara calificaba al nuevo diario como "probablemente el periódico más abierto de todos los existentes en España", y lo definía "desde el punto de vista ideológico, como de centro democrático liberal, con algunos matices de izquierda liberal", un signo de que la presión de los periodistas jóvenes estaba haciendo cambiar la prensa en España. Hubo una clara identificación de la idea de cambio político con la lectura de EL PAÍS, el periódico nuevo. La opinión pública identificó la aparición de EL PAÍS con el cambio en el país. "La extraordinaria acogida que hemos tenido —decía Cebrián— es reflejo de las ansias de los lectores que querían una prensa a tono con el momento actual".

Dos años más tarde, Vidal-Beneyto titularía un artículo "El País a imagen del país" (recogido en su libro *Diario de una ocasión perdida*): "EL PAÍS viene a

El periódico era arrollado junto con sus lectores cuando los caballos de la policía irrumpían en las cafeterías de Moncloa

ser hijo legítimo y fiel del país en su hipótesis cardinal y en casi todos sus modos y maneras. Si la edad media de su redacción no llega a los 30 años, ahí está la extraordinaria juventud demográfica de los españoles y la feroz barrida de los cuarentones, y más allá, que el posfranquismo ha traído consigo".

Francisco Umbral y Manuel Vicent —y muchos otros— han insistido en ese carácter de emblema del periódico. El primero escribía en 1986: "EL PAÍS, este periódico, es tanto el diario de la España pensante como una superstición intelectual, heredera aún de lo que fue, con el franquismo, *el sobaco ilustrado*, cuando había que llevar bajo el brazo un *Marcuse* o un *Le Monde*. Supersticiones (modas, esnobismos) que acompañan siempre a un fenómeno cultural, por muy auténtico que éste sea". Vicent, por su parte, evocaba con motivo del vigésimo aniversario del periódico: "Los progresistas llevaban EL PAÍS bajo el brazo. Era

un guiño ideológico, una señal para reconocer a los tuyos al pie del quiosco, en las cafeterías, en el autobús. En aquel momento los jóvenes rebeldes llevaban EL PAÍS hasta los lugares de batalla. El periódico era arrollado junto con sus lectores cuando los caballos de la policía irrumpían en las cafeterías de Moncloa persiguiendo a los manifestantes". Es el periódico que más aparece en películas de la época y el más representado en obras de arte, como pudo verse en la exposición *La prensa en el arte*, organizada por la Fundación Carlos de Amberes, bien que en este caso es cierto que muchos de los cuadros procedían de encargos del propio periódico. A los seis meses de su salida, "se ha consolidado como el primer matutino de Madrid", dice *Cambio 16*. Enseguida se convierte, en palabras de Vidal-Beneyto, en "órgano de información inapelable" también fuera de España, "diario de lectura obligada para el *establishment* español y extranjero". La "Biblia nacional", "el Goliat de la democracia", dirán otros, no sin retintín, porque en opinión de otros medios se le había subido el éxito a la cabeza. Se decía que los políticos, con el Gobierno en primer lugar, lo leían en pijama, antes del desayuno, y se ponían nerviosos si no aparecían en las tiras de Peridís.

Todos los que han escrito posteriormente sobre estos primeros años de la transición han tenido que referirse al fenómeno de EL PAÍS. "El éxito de EL PAÍS fue rápido y fulminante. En pocos meses, se convirtió en una pieza indispensable del mundo periodístico español y tuvo notorio eco en las capitales del Occidente europeo. Ningún gobierno de la etapa democrática pudo ignorarlo". "Fue un éxito inmediato y sin precedentes, que sorprendió a todos". Desde el principio, desde su nacimiento, se convierte en "un diario influyente en los círculos políticos de entonces". "En muy poco tiempo se convertirá en el órgano de prensa más influyente, mejor hecho y más vendido de España". "La joven promesa no tuvo sino que recoger una bandera que estaba tirada en mitad de la calle, y por encima de la cual habían pasado, sin verla, las multitudes del funeral franquista: era la bandera de las libertades, la democracia, el progresismo y el futuro. Cebrián tuvo dos talentos: recoger esa bandera antes que nadie y hacer con ella un periódico pulcro, europeo, objetivo, imparcial, democrático".